

La sexualidad en la comuna cósmica

Yolanda Rentería

Es muy importante que repasemos la historia de la humanidad, las transiciones que han dado como resultado un sistema patriarcal. No se puede decir que existe la liberación femenina cuando todo sigue siendo un ardid creado por el estado patriarcal. En algunas culturas ancestrales se habla de que las mujeres eran las encargadas de los rituales de fertilización, de las danzas encaminadas a la producción agrícola; de la metalurgia y de las bellas artes.

No se sabe con certeza cuando da inicio la imposición del patriarcado, lo que sí sabemos es que ese nuevo sistema ha llevado a la humanidad a la destrucción masiva de la vida en todas sus manifestaciones; ha sido el causante de genocidios en todos los continentes, así como de la explotación indiscriminada de los recursos naturales de nuestra mamacita tierra, llegando hoy en día a experimentar los cambios en su equilibrio natural y llamándole “cambio climático”

La sexualidad femenina radica en el poder creador de su Nantli, su Hystera, su Útero o recipiente lleno de Amor. El que da vida a su descendencia, sus hijos concebidos gracias al deseo de ella por nacerlos, por amamantarlos y crecerlos, (así debería ser si la mujer no tuviera su vasija de vida rígida, si no hubiera perdido la sensibilidad de su útero, si fuera capaz de sentir las pulsiones en su recipiente de vida pidiendo que este se sienta pleno, ocupado, con un nuevo ser latiendo dentro de su cuerpo).

La Mujer es como una mamacita tierra en pequeño por su propia condición natural femenina, por eso le está dada una mayor facilidad para concebir el Amor a la creación entera, principalmente a su prole; el papel que el hombre debe realizar con esa misma prole, con la comunidad donde habita, va mucho más allá de ser un simple proveedor.

Hace algunas décadas, llegué a la conclusión de que la mujer no estaba ocupando su sitio en la familia, en la sociedad y por ende en la creación; después, asumía que la mujer es la encargada de transmitir el machismo en sus hijos, incluyendo sus hijas.

Hoy en día, después de tener contacto con la terapia gestal, el concepto de Edipo y haber realizado algunas lecturas de escritores contemporáneos, llego a la conclusión de que el lugar que el hombre ocupa en la familia, en la sociedad y en la creación, tampoco es el que le corresponde, la humanidad necesita hombres que amen a sus hijos y a los que no lo son, hombres encargados de respetar los deseos de las criaturas, de dar protección y apoyo a los grupos humanos donde se desenvuelven. También di por sentado que el hombre es muy importante como complemento del trabajo de una pareja en la sociedad, pero me era indispensable que la mujer se conociera en toda su dimensión para que aportara más en su papel de madre, esposa y elemento social.

Hoy sé que el trabajo de conciencia, de teoría y de práctica debe ser por igual con las mujeres y con los hombres, pues a ambos se nos ha privado del Amor Primario en este sistema patriarcal de represión y de sumisión, que lleva siglos establecido. El hombre no es inferior a la mujer, ni su masculinidad queda en segundo plano a la feminidad, es una igualdad en tanto existe una sexualidad común compartida.

Así mismo, di por hecho que los mexicanos somos descendientes de una cultura de Amor y que esta se vio aniquilada con el impacto de la invasión; hoy, me queda claro cómo se fue dando ese proceso y considero más difícil –aunque no imposible- romper con la doble cadena de sufrimientos que nos provocan las dos heridas, que parecen una: la de la invasión y la de la imposición del patriarcado. He de compartir las líneas del epílogo del libro de Casilda Rodrigañez para una mejor comprensión de lo que el resumen de ese mismo libro nos ocupará en adelante:

“...queremos dejar claro que negar al padre no es afirmar algo así como que los hombres, en lo que se refiere a la crianza, están de sobra, son inútiles o no puedan ser partícipes de los amores primarios: todo lo contrario... **tenemos que negar al padre, el rol del varón en la sociedad patriarcal, que es por definición, la destrucción de la fraternidad.** El varón adulto debe ser como la madre, libidinalmente democrático y generador de fraternidad.

Al igual que el deseo compartido del cuerpo materno nos hace hermanos y hermanas partícipes de unos mismos modos de producir bienestar; al igual que hermanos y hermanas podemos compartir el útero y los pechos maternos, sin que ello produzca rivalidad y celos, también el falo compartido puede ser fuente de fraternidad. No tratamos, pues, de declarar al falo -como se hiciera antaño con el útero- de monstruoso, perverso, agresivo o inútil, porque creemos que la libido masculina y el deseo del varón también podrían ser generadores de la fraternidad humana y de una sociedad basada en el apoyo mutuo, en la convivencia adulta y en el bienestar compartido, y no basada en el sometimiento generacional de los hijos a los padres. La tragedia de la humanidad actual consiste en creer que la expansión y relación erótica se reduce al breve acto reproductivo y, por tanto, en imponer la familia nuclear -el matrimonio- como marco de convivencia estable de las criaturas”.

En esta ponencia haremos una breve incursión en la Mitología Griega

El mito de los Cíclopes y de las Greas que tenían un solo ojo, o el mito de las Furias que castigaban con la mirada abrasadora, o el de las Hechiceras que mataban con su mirada, o el de la Gorgona que petrificaba, son metáforas que codificaban de forma enmascarada, que las artesanas metalúrgicas/Cíclopes, o las guardianas de Santuarios, o las juezas al servicio de Templos de Diosa, se defendían o castigaban de forma terrorífica con armas de fuego. Así que, el verdadero sentido de que Perseo robe el único ojo y diente de las Greas, guardianas de las Gorgonas y que descabezase a la reina Medusa porque su mirada petrificaba y después utilizase su cabeza para petrificar a sus enemigos, estaría reflejando la apropiación patriarcal de los talleres y métodos para fabricar armas muy poderosas de pueblos matriarcales, en donde estaban además: los talleres de diferentes oficios artesanales, los de orfebrería del oro, los de acuñación de monedas/cecas, que en principio eran de carácter sagrado y estaban anexos a los Templos de Diosas y en donde guardaban el tesoro de la Diosa.

Incursionaremos también en las funciones del útero y la sexualidad femenina.

Merelo-Barberá también llega a la conclusión de que el estado de cosas actual (la frigidez femenina y el parto y menstruación con dolor, etc.) se explicaría porque la mujer ha sido culturizada para romper la unidad psicosomática entre su conciencia y el útero. Así que, si el útero es en realidad, el centro del esqueleto erótico de la mujer, no es difícil imaginar que la represión milenaria de la mujer encaminada a controlar su capacidad reproductora haya requerido como condición (¿o quizá fue su consecuencia?) la rigidez uterina. De esta manera se impide que las funciones reproductoras se realicen movidas por el deseo y la pasión y con

la gratificación del placer; se consigue que las madres sean insensibles a los deseos, a las necesidades y a los sufrimientos de las criaturas, al menos en la medida suficiente para reprimirlas y domesticarlas según la ley patriarcal.

¿¿Por qué no sentimos nuestro útero??

(La inmovilización del útero no es sólo una no movilización de sus haces de fibras musculares; es también una falta de desarrollo de las conexiones neuro-musculares; de ahí que el útero no se sienta)

El útero es un seno donde anidan los óvulos fecundados. Es una parte del propio cuerpo de la mujer integrado en el mismo sistema nervioso y regado por sus flujos sexuales. El útero al igual que el estómago o la vagina desea verse colmado y lleno. Cuando se produce una fecundación, la mujer inicia un ciclo sexual distinto; el útero se hincha, crece, se hace pesado y presiona suavemente la vagina y el recto. Durante los nueve meses de gestación compartimos con el feto la comida, el oxígeno, una misma sangre impulsada por un solo corazón que late al unísono en los dos cuerpos, uno totalmente dentro del otro. Los pechos de la mujer grávida también se hinchan y palpitan de placer. Sin duda existen conexiones nerviosas importantes entre el útero y los pechos, puesto que tanto en la gravidez como durante la preparación mensual del nido uterino, se producen erecciones de los pezones y la mujer siente el placer también localizado en los pechos

Este estado sexual culmina cuando la gravidez llega a término (la luna llena) y la criatura sale a la luz del mundo; después del parto, se inicia otra función sexual femenina, la de la crianza, que habitualmente en nuestra civilización se reprime para impedir la socialización humana según el principio del placer y en la saciedad de los deseos. El parto es un acto sexual en el que toman parte una pareja de seres: la excitación sexual de la mujer, inducida por el feto que ha llegado a término, si no estuviese bloqueada por el miedo y la cultura milenaria que pesa sobre ella, produciría la relajación, el abandono al deseo y los flujos maternos necesarios para que el parto y el nacimiento fuera un acontecimiento gozoso y placentero para ella y para la criatura; y también para que las criaturas, una vez fuera del útero materno, encontrasen un regazo, un vientre y unos pechos palpitantes de deseo dispuestos a satisfacer sus anhelos de calor, de contacto físico, de nutrición, higiene y protección.

Frecuentemente, cuando hablamos sobre el parto en términos de placer, de función amorosa íntima, etc., se nos rebate aduciendo los peligros del parto, las altas tasas de mortalidad de madres y recién nacidos en los siglos pasados, y la necesidad de la intervención médica en los mismos. En Holanda, alrededor del cincuenta por ciento de los partos tienen lugar en casa con asistencia de comadrona, sólo hay un seis por ciento de cesáreas - frente a más o menos un 25 por ciento en otros países occidentales-; las cifras de mortalidad perinatal son inferiores al diez por ciento y las de mortalidad maternal inferior al uno por diez mil. La función que la medicina realiza es convertir la maternidad precisamente en la reproducción de fuerza de trabajo o de herederos -no de criaturas humanas- tratando a la mujer como máquina reproductora. En términos prácticos, tratar a la mujer y a las criaturas como objetos, y el parto, como una función fisiológica, como si no hubiera nada libidinal, emocional, sentimental, incluso sin dimensión racional puesto que el médico no dialoga con la mujer, sólo da órdenes; así se elimina la condición humana: los deseos, la gratificación del placer del acto, y se organiza impasiblemente el sufrimiento humano decretado 'natural' e inevitable. La mujer es una histérica y los bebés no sienten ni entienden. En ningún caso le interesa que se indague en las

rigideces uterinas y en el por qué los partos ahora son dolorosos cuando hubo un tiempo en que no lo fueron, etc. etc. Precisamente la rigidez uterina y la dificultad de los partos es lo que permite y justifica que la medicina (y el Poder) meta las narices en el parto y en las funciones íntimas, sexuales, materno-infantiles.

Convertido el parto en una intervención quirúrgica es fácil a continuación separar a la criatura de su madre. Para justificar esta separación también se han aducido todo tipo de razones, religiosas y míticas en la Antigüedad y 'científicas' en nuestros tiempos. Con la brutal separación de la pareja madre-criatura inmediatamente después del parto, se corta la libido femenina impidiendo el encuentro amoroso y el desarrollo de los deseos primeros de las criaturas; impidiendo su crecimiento con los deseos saciados, sin carencias ni miedo al abandono. Este tipo de relación erótica con la madre sería incompatible con la puesta en marcha del principio de autoridad, es decir, con la sumisión a los padres que son el primer eslabón autoritario de la sociedad patriarcal, pues la madre no sería capaz de soportar y menos de infligir sufrimientos al objeto de su pasión amorosa. (Se ve la necesidad de destruir a la madre entrañable para hacer de las criaturas seres sumisos a las leyes y al orden establecido)

La cuestión de la represión del deseo materno -la conversión del hystera en histeria- se torna así en uno de los soportes estratégicos del patriarcado porque de él depende su reproducción.

La sexualidad de la mujer no es uniforme; tiene dos ciclos, uno mensual, que se inicia en la pubertad, y otro que dura 3 ó 4 años y que se inicia cada vez que un óvulo se fecunda. Según el ciclo y el momento del ciclo en que se encuentre, la mujer está en un estado sexual diferente. La mujer menstruante, simbolizada por la luna nueva, no es sólo la mujer que cada mes ovula sino también la que prepara en su útero un nido; si no se produce una fecundación, el nido es expulsado, pues el nido no sirve si no está recién preparado. La mujer menstruante a lo largo del mes pasa por diferentes estados sexuales. Y uno de ellos es la transformación que se opera en las paredes del útero para, eventualmente, acoger un óvulo fecundado de tal modo que pueda anidarse y crecer. Hay una enorme confusión en torno a la menstruación de la mujer y mucha gente piensa que se trata de los óvulos no fecundados que se expulsan cuando en realidad se trata del desprendimiento de ese 'nido' que se prepara en el útero todos los meses durante la mayor parte de su vida.

Las descargas hormonales se alternan marcando las fases del ciclo mensual. El flujo vaginal, la flacidez o erección de los pezones, los cambios fisiológicos y anatómicos que se operan son las señales periféricas de los deseos que a pesar de todo se producen en la mujer. El mayor o menor deseo de realizar el coito tiene que ver con el estado sexual en que se encuentre la mujer y no con esa frigidez famosa que sirve de tapadera para ocultar los diferentes estados y orientaciones de la sexualidad femenina

La oxitocina interviene en los preludios del acto sexual y en el orgasmo masculino y femenino, la oxitocina se libera antes y durante la mamada, hay oxitocina en la leche humana. Los efectos de esta hormona en las contracciones uterinas son bien conocidas. Hay un nivel punta de liberación en la hora que sigue al nacimiento, en el momento del primer contacto de la madre y su bebé. Cuando una mujer da de mamar a su bebé no tiene el mismo equilibrio hormonal que cuando está de parto o cuando tiene que establecer el primer contacto con su recién nacido, o cuando tiene relaciones íntimas con su marido. En función del contexto hormonal el amor o la relación altruista toman direcciones distintas. No se concentran en el mismo objeto. La madre que amamanta está en un equilibrio hormonal particular. Está bajo los efectos de

una hormona indispensable para que se produzca la leche en su seno. Se trata de la prolactina. La prolactina reduce la libido, el interés sexual (hacia el marido). Cuando una mujer comienza la lactancia todos los efectos de la 'hormona del amor' (la oxitocina) tienden a dirigirse al bebé. La hormona es el indicio fisiológico de nuestras pulsiones sexuales, y las descargas hormonales son distintas en los diferentes momentos y en los distintos ciclos sexuales de la mujer; es decir, la mujer no está en el mismo estado sexual cuando está preparando un nido en su útero que cuando lo está expulsando. Dentro del ciclo maternal, el estado de gravidez (la luna creciente) produce todavía en muchas mujeres un bienestar orgásmico; y tenemos constancia también de que, en este estado, con frecuencia la atracción que la mujer sentía antes hacia su pareja disminuye o incluso desaparece. Durante la lactancia también la libido se orienta hacia el bebé en gran medida.

Por otro lado, sabemos que han existido -y quizá existen todavía- pueblos cuyas normas sociales prohibían el acceso sexual de los hombres a las mujeres durante un año o dos después del parto; por supuesto que se trataba de organizaciones sociales basadas en la poligamia y no en la pareja heterosexual monogámica. Conocemos también algún caso cercano de mujeres que han dado el pecho a sus criaturas sin reprimir sus deseos, que han dormido con ellas durante toda la lactancia, y que durante todo ese tiempo el deseo sexual hacia el compañero desapareció. No obstante, creemos que es arriesgado afirmar tajantemente, como hace Odent, que todos los efectos de la 'hormona del amor' tienden a dirigirse al bebé. No sabemos cómo podrían ser las cosas en una sociedad que respetase la libido materna, la sexualidad femenina, ni qué tipo de criaturas humanas varones resultarían de ese respeto. Tampoco sabemos hasta qué punto, en las condiciones actuales, la madre que no reprime la libido materna siente rechazo hacia el compañero, debido precisamente a que ni él ni la sociedad respetan su decisión de no reprimir sus impulsos maternales, ni reconocen que hay periodos de tiempo y momentos en los que la producción de la libido materna es por lo menos preponderante.

Pero como decíamos, si se respetase y se reconociese la sexualidad maternal quizá podría haber compañeros solidarios que colaborasen en la protección de la madre y su criatura, en cuyo caso la madre podría seguir sintiendo deseos o ternura hacia el hombre, incluyendo deseos libidinales. De lo que se trata es de reconocer la existencia de la libido maternal que entra en conflicto con las normas de conducta sexuales vigentes. Mientras que exista vida humana sobre el planeta encontraremos vestigios de libido materna. El hecho de que se conozcan casos de orgasmos en la mujer durante el amamantamiento, tendría también que habernos hecho sospechar algo, pues si se producen orgasmos incluso en la mujer edipizada y rígida actual, ¡cuál no sería la voluptuosidad de una mujer socialmente desinhibida!

(La libido es una pulsión corporal que nos induce a buscar placer, la vivencia de la libido es la sexualidad; la sexualidad se basa en la reciprocidad: en dar y recibir placer)

No hay duda que la representación del vientre errante, del útero como un animal que vaga por el cuerpo, pretendía denigrar su verdadera función, y ocultar el placer sexual del movimiento característico del latido del útero; (el mismo que se da por la reparación de la mucosa del útero en el 5º día del ciclo) pues aunque la mujer haya perdido la sensibilidad de su útero, éste tiembla, late y se mueve cada vez que la mujer inicia un proceso de excitación sexual. Cuando la mujer quedó en situación de sumisión y dominada por los varones, de entrada, aquellos deseos que no eran compatibles con los objetos del deseo del varón pasaron a ser irrelevantes, un estorbo y una amenaza de alteración del orden. La única forma de

bloquear los deseos prohibidos a las mujeres fue reprimir por ley toda forma de placer sexual con la violencia que fuera necesaria.

La mujer no siempre siente el mismo deseo del coito que siente el varón; por eso, para que no se descubra por qué no funciona la pareja heterosexual estable, se inventa la famosa frigidez de la mujer, que no tiene nada que ver con la rigidez uterina y la desconexión entre el útero y la conciencia que hemos mencionado, sino con la idea inculcada de que la mujer es un varón defectuoso, un varón castrado, incompleto que carece de pene. Si la mujer no desea al varón es porque a lo mejor desea en ese momento otras cosas. Los problemas del mundo, la angustia, el miedo, la incomunicación, el aburrimiento, la falta de sentimientos, etc. y, desde luego, la represión de la sexualidad primaria en la propia infancia, producen también frigidez sexual, tanto en los hombres como en las mujeres. Pero queremos señalar que la situación de no reconocimiento y de represión de la sexualidad uterina y de los distintos ciclos de la mujer hace inevitable la frigidez

Al bloquear los deseos de la mujer que no la orientan hacia el varón, al quedar desterrados los palpitos de sus entrañas, se destierra, no sólo una parte de la sexualidad femenina, sino también la maternidad deseada y la sexualidad primaria y básica de los seres humanos de ambos sexos; se bloquean a la vez los deseos de las criaturas y los deseos de las madres (que erróneamente los han vinculado al coito y quedan anatemizados como incesto). Este es el gran logro de la masculinización de la sexualidad femenina. Se han descrito las pulsiones eróticas inconscientes de la mujer embarazada, del parto, de la madre que amamanta al bebé y, también, las pulsiones sexuales y las frustraciones de los bebés ante los comportamientos maternos. ¡Fue asombroso que esta observación de la sexualidad materno-infantil haya dado las claves de la existencia del inconsciente a Freud!

Groddeck decía: Por más santa que sea la maternidad, ello no impide que el útero grávido excite sus nervios y produzca una sensación de voluptuosidad secreta, inconsciente, jamás definida. Esta sensación, no es otra cosa que la que se produce generalmente cuando algo se mueve en el vientre de la mujer. Groddeck abrió una importante brecha al destapar la existencia de las pulsiones sexuales ligadas a la maternidad y desvelar el potencial erótico de la mujer más allá del varón, aunque en su adoctrinamiento freudiano no pudo distanciarse totalmente del falocentrismo. El habla del enorme potencial de placer sexual del útero, y otras veces habla del vientre de la mujer y la vagina, como el 'hueco' dejado por la castración, y del feto como sucedáneo de falo que viene a colmar la carencia. ¡Nada de carencias ni de castraciones sino su latido de placer, el lugar donde la vida anida y donde se acogen los primeros deseos y las primeras ansias de amor de las criaturas humanas, el lugar del gozo por antonomasia!

¿Y qué ocurriría si reemplazamos el concepto de 'penetración' por el de 'envolvimiento'? En el que el papel activo fuese el útero o la vagina que envuelve, en lugar del falo que penetra. Llegaríamos quizá a entender que lo importante de la sexualidad es el deseo que se pone en juego en la fusión amorosa, veríamos la relatividad de las formas anatómicas y que en ningún caso puede ser una relación de sujeto a objeto, sino entre dos o más sujetos, porque los objetos no tienen deseos.

Una vez que se ha logrado convertir el útero en castración, el neocortex, dominando el cerebro ancestral, inhibe la producción del deseo. La resistencia del útero rígido y tenso a las contracciones funcionales hace que estas sean dolorosas en lugar de placenteras. Las sensaciones o deseos que a pesar de todo no se logran inhibir se bloquean, se echan para

atrás, y se albergan en el inconsciente. De esta manera se logra efectivamente que el deseo materno y toda la sexualidad no falocéntrica de la mujer se convierta en frustración. Los huecos y las castraciones no son más que otro truco, una pieza del engranaje que mantiene oculta la sexualidad materno-nfantil.

Dice Sau que, Freud tenía razón, en cuanto a que no hay en la sociedad patriarcal más feminidad que la secundaria -todas parimos con dolor en los hospitales-, pero que esta feminidad secundaria es sólo una máscara. Si hay una feminidad secundaria es porque hay otra anterior, la primaria, mientras que la segunda, lejos de ser la verdadera feminidad es la adaptación que exige la organización patriarcal a partir de un tiempo de desarrollo, que coincide con la capacidad intelectual necesaria para darse cuenta de esa organización y del papel de cada sexo en la misma. " Y dice también Sau que si las mujeres toman conciencia, aprenden otro saber, y si en lugar de sucumbir al fatalismo se apropian de la vida, el 'yo' secundario puede ser sustituido por el verdadero. A lo que añadimos, que la feminidad primaria, la libido femenina no está muerta del todo, que cada mujer la puede encontrar por allá perdida en lo más hondo de sus entrañas y en las profundidades de su inconsciente. La propia sexualidad coital no puede funcionar bien en la mujer que tiene negada la sexualidad uterina y materna; por eso la feminidad secundaria no sólo hace posible la madre insensible a los sufrimientos de las criaturas, sino también la conversión de la mujer en sujeto pasivo y objeto sexual. Luisa Muraro también propone el amor a la madre como medio de recuperar la conciencia femenina que no existe en la cultura patriarcal, y que puede ponernos en camino también de recuperar la sexualidad femenina destruida. Pero para sentir el amor de las entrañas maternas y percibir el hálito de su deseo, es preciso aprender a discernir la madre entrañable de la madre represora patriarcal.

El desarrollo de esta ponencia se compone de los siguientes apartados:

- Algo importante pasa en el útero y la cultura patriarcal teme que nos enteremos**
- El abandono de las criaturas o la conversión del deseo en miedo a carecer**
- El placer corporal en la infancia y los orígenes de la violencia**
- Llorar la herida, recuperar la madre, restaurar la conciencia, formar clanes, saciar los deseos, apoyarse mutuamente.**
- El concepto del Continuum**

Hasta aquí, la presente ponencia se basa en el libro de Casilda Rodrigañez y Ana Cachafeiro "La Represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente"

En la última parte de esta ponencia se sugieren actividades y practicas que darán como resultado: **Recuperar el latido del útero.**

Algunas sugerencias forman parte del libro de Casilda Rodrigañez: "Pariremos sin dolor"

Finalizo con un poema de mi autoría que describe el disfrute de nuestra energía sexual femenina y la forma en que podemos amar al hombre que nos inspira.

"Con Amor para la humanidad, un solo ser infinito"

Investigadora: Yolanda Rentería Rodríguez